

► en las ondas para comentar todos los matices de un arte cinegético con cinco milenios de antigüedad, con sus ritos y sus códigos y su respeto por el entorno.

A pesar de las trabas, cuando un cetrero se acuesta, en sus antípodas otro se levanta con los primeros rayos de sol. Ese invisible testigo va saltando husos horarios, además de idiomas, barreras ideológicas, religiosas y políticas. Esto lleva aconteciendo miles de años, mucho antes de que naciera Alfonso X el Sabio (a uno de sus hermanos lo enterraron con un halcón), muchos siglos hasta que llegaran los escritos del príncipe don Juan Manuel (siglo XIV) sobre cetrería. “Por eso el halcón vuela siempre y este patrimonio lleva 5.000 años en el aire. Que no se olvide que tanto el rey como el pobre hincan la rodilla en el suelo para recoger el halcón”, agrega el cetrero. En este contexto inscribe el doctor Ceballos una aventura personal de 40 años en pos de colocar esta disciplina – practicada en más de 70 países, 50 asociaciones en España– donde merece. La cetrería constituye el método de caza menos masivo del mundo, aparte de haber llegado antes y haber abierto desarrollo a otras disciplinas. “Ceballos ha gestado el reconocimiento de la Unesco en España. En principio yo remarcaría que es un gran investigador, recopilador gráfico y escritor, con el libro *Soltando pihuelas* (Cairal Ediciones) como referente. También ha conocido in situ en muchos países la cetrería como cultura y expresión del conocimiento”, señala Andrés López, presidente de la Asociación Española de Cetrería y Conservación de Aves Rapaces (AECCA), que es la que más miembros aglutina (970) y la tercera más importante del mundo. López lleva una legislatura en el cargo y recalca la lucha y la erosión que provoca vivir por y para este sector. “No hay censo nacional de practicantes y muchas comunidades tampoco tienen registro de aves de presa. Llevo 30 años en este mundo y ser presidente desgasta”, se lamenta.

TERRITORIO NACIONAL. En España las cifras son modestas. Se cifran en unos 2.000 los poseedores de aves de presa (pajareros o tenedores les llaman a los que solo custodian ave); solo 1.000 son los que las entrenan y vuelan, a menudo soltando palomas para su captura; alrededor de 400 se precian como cetreros porque salen a cazar. Es la caza de animales libres en su medio natural la que determina la diferencia entre entrenadores y cetreros. “Necesitamos más papeles que un cazador de carabina o escopeta”, explica Ceballos. DNI, documentos que prueben la tenencia legal del pájaro (el CITES o Convención sobre el Comercio Internacional de Especies Amenazadas de Fauna y Flora Silvestres), licencia de caza sin armas, permiso del coto y de la comunidad autónoma, seguro y pagar los 18 euros al año de licencia.

Ya Miguel Delibes definió la cetrería como “una forma voluntaria de esclavitud”. “Cetrero: viudo o soltero”, señala otro aforismo que se refiere a lo incompatible de su práctica con otras responsabilidades familiares. “Eso es un poco exagerado ahora”, aclara Ceballos, quien con esposa y cuatro hijos, ha encontrado el modo de alternar mil menesteres. Muchos los canaliza a través de Avium, la empresa que dirige. Todas las semanas sale a volar tres o cuatro veces. Se marcha a un coto de la Vega del Jarama, en San Fernando de Henares (Madrid). Le acompaña al puño Fragua (página anterior), una hembra de azor de 4 años para buscar conejos “al salto”. “Hasta que no consigues levantar la pieza no vuelves a casa. En cetrería, la presa modela al depredador. Aquí no buscas hacer morral. El objetivo es ga-



ALVARO FELGUEROSO

PATRIMONIO CULTURAL

Por **JAVIER CEBALLOS**

Las aves cetreras no entienden de diferencias humanas. De hecho, a sus ojos nada importa nuestra religión, cultura, estado civil, nacionalidad o situación financiera. Se fijan en nuestro manejo y en nuestra colaboración para cazar. Cuando, viajando por el mundo, descubrimos a otro cetrero que vive al servicio de su ave, sobran las palabras. Nos entendemos con la misma complicidad que dos madres de culturas diferentes que se miran mientras amamantan a sus bebés. Somos pocos. La cetrería no está llamada a ser una actividad de masas.

Apenas se nos conoce. Nuestra actividad no genera beneficios económicos. Además la caza requiere que nos movamos por el campo y de forma discreta. Sin embargo, estamos repartidos por todo el mundo. Vivimos con la sensación de volar en las alas de nuestras aves, y ver a través de sus ojos. Cuando un halconero vuelve a casa al anochecer, en sus antípodas despierta otro cetrero. Desde hace miles de años siempre hay un halcón en el aire que, ignorando las barreras humanas, mantiene vivo el patrimonio cultural que constituye la cetrería.



INTERNACIONAL. El doctor Ceballos (dcha) cazando hubaras con el gerifalte x peregrino del halconero Obeid Al-Mazrouei durante el Falconry Festival de Abu Dhabi.

narle la partida a un animal. No te comes la pieza, no la vendes. No dejas animales heridos ni haces ruido. Interactúas sintiéndote dentro del ciclo vital”.

Además de geólogo por la Complutense de Madrid, es autor de tres libros, dirige documentales, elabora tesis doctorales (es premio extraordinario por la Politécnica de Madrid), da conferencias, es miembro del jurado del Falconry Festival que se celebra cada tres años en Abu Dhabi (Emiratos Árabes Unidos), coordina campamentos infantiles en verano (Adaja, 43 ediciones) y desarrolla programas en colegios. Por si fuera poco, es miembro y asesor de las principales asociaciones internacionales (como la IAF, con sede en Bruselas, Archives of Falconry en Estados Unidos o Falconry Heritage Trust en Reino Unido), está reconocido como delegado de Cetrería del Ministerio de Cultura para el expediente Unesco y el Ministerio de Exteriores le otorgó la Encomienda de la Orden del Mérito Civil por su labor internacional. Todo ello le convierte en gurú de la cetrería mundial.

IN EXTREMIS. El camino no resultó alfombrado. Para que se declarara PCI por la Unesco, Ceballos tuvo que lograr que fuera declarada Bien de Interés Cultural por la Junta de Castilla y León, además de conseguir la aprobación in extremis por parte del Consejo del Patrimonio Histórico de España para que el expediente llegara en plazo a la candidatura internacional. Viajó entonces a Abu Dhabi (agosto 2009) para contribuir en la galvanización de una candidatura conjunta liderada por Emiratos Árabes Unidos y a la que se unieron otros 10 países (Bélgica, República Checa, Francia, República de Corea, Mongolia, Qatar, Arabia Saudí, Siria, Marruecos y España). Debido a la amplia localización geográfica de esta práctica, la cetrería constituye el Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI) más internacional en la historia de la Unesco. “Este reconocimiento supone varias victorias globales: poner en valor, divulgar, investigar y proteger”, enumera. “La cetrería no estaba reconocida como Bien de Interés Cultural ni estaba en las carpetas de Medio Ambiente o Cultura para posicionarla en la Unesco. Apenas se sabía de su importancia. En el libro *Soltando pihuelas*, incluyo 1.300 referencias bibliográficas, abarcando hagiografía, numismática, heráldica, biología, filatelia... todos los ángulos de la cetrería. Bajo mi dirección técnica, sirvió de base para un documental. Así conozco gente del gobierno de Emiratos y comienzan a tenerme en mente”, recuerda.

Hubo otra proeza más. Logró que participaran en el expediente de España asociaciones de todas las comunidades autónomas. Como resultado, la cetrería constituye el primer PCI reconocido por la Unesco en España y el primero reconocido en muchas CCAA. “Lo que ha pasado, que es mucho, no lo sabe casi nadie. Hemos sobrevivido como hemos podido”, se lamenta. El camino legislativo ha estado lleno de trampas. Atrás quedaba la prohibición de 1901, que perseguía las aves de presa o incluso la veda del desaparecido Instituto para la Conservación de la Naturaleza que requisaba pájaros e imponía multas por tenencia y vuelo.

También es preciso mencionar el decreto de 1953 que creaba las Juntas de Exterminio de animales dañinos, que premiaban y pagaban cráneos y patas de rapaces y mustélidos por considerarlos alimañas que merocaban las poblaciones de perdices y conejos. “Aquí hay que tener agradecimiento eterno a Félix Rodríguez de la Fuente, que fue quien lo cambió todo. Su vocación de naturalista arranca por la fascinación que le producen los halcones de su pueblo burgalés (Poza